



EL ARTE DE LA CONVERSACION

Por Miguel PELAY OROZCO

Para Ling Yutang, el lugar en que puede producirse una conversación no tiene mayor trascendencia. Lo importante, según él, es que la plática se lleve a efecto precisamente **de noche**. Lo dice paladinamente —insistentemente también— en un curioso y profundo estudio dedicado al tema en su célebre libro «La importancia de vivir». Y por si fuera poco, todo el primer y fundamental capítulo de su novela «Una hoja en la tormenta» está destinado a narrarnos una conversación **nocturna**, en la que toman parte los dos protagonistas masculinos de la historia.

No estamos conformes, admirado, viejo y querido chinito. Por una vez discrepamos. Para nosotros, occidentales, el lugar influye, condiciona, determina siempre las conversaciones. Las degrada o las ennoblece. No puede ser igual la cháchara de una tertulia de café que el diálogo surgido en un refugio solitario de la montaña. En la tertulia cotidiana de la ciudad, la gente propende a la superficialidad, a la ramplonería y a la murmuración, y se pisotea con facilidad el buen nombre de personas ausentes. En la soledad de la montaña jamás sucede esto. Diríase que con la altitud la conversación adquiere también elevación y es frecuente que se intercambien opiniones sobre temas serios e importantes: religiosos, filosóficos, estéticos o sociológicos. Se habla de literatura, de poesía, de pintura o de música. De lo que no se ocupa nadie allá arriba es de trivialidades, ni de sordideces, ni de pleitos de vecindario.

Quedamos, pues, en que para Ling Yutang se trata de la noche y para nosotros, de la montaña.

Porque es en la soledad augusta de las alturas donde alcanzamos una y otra vez este estado de ánimo especial, sincero e intimista que nos predispone a la conversación profunda y sutil, a la noble especulación de tendencias, conceptos e ideales. Es allí y solamente allí, donde encontramos nuestro inefable nirvana. Y donde se nos presentan siempre oportunidades para entregarnos a eso que Ling Yutang llamaba —y no por azar ni por recurso literario, sino de un modo muy deliberado, muy razonado y muy reiterado— «el arte de la conversación».

Así, lo que para el pensador oriental representaba la sugestión mágica de la noche —aquella que conducía al «placer supremo de una conversación perfecta»— viene a ser, para nosotros, la de la montaña.

Pero en cualquier caso, este viejo montañero —«vetusto», en la nomenclatura festiva del país— quiere agradecer a quien tantas cosas supo agradecer a los demás, las muchas enseñanzas que le ha ofrendado a lo largo de su vida. Y desea añadir que los libros de Ling Yutang, cargados siempre de poesía, de fantasía y de exotismo, fueron para él como un fascinante mensaje que, además de tonificarle espiritualmente, le proporcionaron muchas horas entretenidas y felices.

Donostia, junio de 1982